

un ejemplo digno de imitarse como una virtud en todas las ocasiones semejantes. Pero el gobierno menos previsor que el general Santa Anna é impulsado por la dirección del ministro de la guerra que tenía positivo empeño de acabar para siempre con el prestigio del jefe de la revolución, se negó á admitir el generoso ofrecimiento de las fuerzas pronunciadas, y dando instrucciones muy limitadas al general Rincon, este insistió en no poder admitir otra capitulación, sino la de rendirse á discreción, por cuya imprudente conducta no acabó con la guerra en la ocasión tan favorable que para ellos se les presentaba; y poniendo á sus enemigos en los extremos de su perdición, los obligó á pelear despechados y seguir una lucha que se manchó con horrendos crímenes, que forman una de las páginas mas tristes de nuestra historia nacional.

La revolución iniciada en Jalapa y sostenida en Oaxaca con un esfuerzo digno de otra causa, se hallaba apoyada por otros movimientos. Una parte del regimiento de caballería de las fuerzas que guarnecían á México, abandonó al gobierno á quien servía y marchando con dirección á los llanos de Apam fué á aumentar las fuerzas de la revolución: en el distrito de Chalco se hizo oír el mismo grito por Loreto Cataño: el coronel D. Manuel Reyes Veramendi conmovió á Monte Alto, y otros lugares del Poniente de la capital; y el coronel D. Pedro Espinosa llevaba la revolución por todos los lugares que antes había sido su teatro en la guerra de insurrección, mientras el coronel D. Manuel Orriera sublevaba los distritos de Cuautla, de Amilpas y Honacatepec. Todos estos pronunciamientos no se apoyaban tanto en el éxito de la campaña sostenida en Oaxaca, cuanto principalmente en el levantamiento de todo el Sur del Estado de México que hoy es Estado de Guerrero, proclamado por el general D. Isidoro Montes de Oca y D. Juan Alvarez antiguo

subalterno de Guerrero y coronel entonces, que después fué general de división y presidente de la República.

El incremento que por todas partes tomaba la revolución, introducía el desaliento en las fuerzas del gobierno apesar de las proclamas de sus gefes para mantenerse firmes á la bandera que defendían; mientras que los enemigos del gobierno tomando mas brío, fomentaban los ódios políticos por la exaltación de la prensa y preparaban el último golpe á un gobierno que por su imprevision en no contener los avances de las logias masónicas, había él mismo contribuido á preparar el abismo en que debía sepultarse.

D. Lorenzo Zavala que por algun tiempo había recorrido alguna parte del Estado de México casi sin mas objeto que librarse de las fuerzas que lo perseguían, se acercó á la Capital, y oculto en un cerro inmediato á Ixtapalapan se puso en contacto con todos los agentes de la revolución, entrando después á México á dirigir el desarrollo del plan formado, ocultándose en la casa de D. Juan de Dios Lascano, protegido por D. Agustin Gallegos y D. Mariano Zerecero.

Los trabajos de los revolucionarios adelantaban con tal desembarazo, que en la Capital se sabia que el dia treinta de Noviembre era la fecha señalada para la realización del proyecto. Así se le hizo saber al mismo Presidente Victoria, quien lo comunicó al Ministro de la Guerra, Gómez Pedraza, que muy satisfecho estaba de su vigilante actividad y descansaba en las diversas medidas que había dictado, prometiéndose de ellas burlar los trabajos de los enemigos del Gobierno que eran los suyos personales.

A las seis de la tarde del mismo dia treinta de Noviembre, el Sr. Gómez Pedraza, se congratulaba con el mismo Presidente de no ser ciertas las especies que habían llegado al Gobierno, y en el mismo acto se dejó oír

un cañonazo, señal convenida para comenzar la revolucion y que llenó de confusion á las personas del Gobierno principalmente al ministro de la guerra, que veia burlada su vigilancia. El presidente ordenó al mismo Sr. Gómez Pedraza, que dispusiera la reunion de las tropas del Gobierno en el palacio y que el comandante general marchara sin pérdida de tiempo sobre los pronunciados antes de que se organizaran.

D. Carlos Bustamante con la vehemencia de pasiones que en lo general emplea para referir los acontecimientos y que muchas veces hacen recaer sobre su juicio la tacha de lijereza, supone en el Sr. Presidente Victoria, alguna complicidad con los pronunciados, por no haber tomado personalmente todas las medidas que exijia la prudencia para evitar las consecuencias que trae en lo general la revolucion, y que en esta vez fueron tan funestas y deplorables, así para la capital de México como para el decoro de su Gobierno: otros escritores cargan toda la responsabilidad sobre el ministro de la guerra Gómez Pedraza, á quien el Presidente dejó en entera libertad de accion, pero que él no supo emplear por la sorpresa que cayó sobre su ánimo; y lo cierto fué que no tomándose una pronta resolucion, los sediciosos aprovecharon aquellos momentos de confusion y desorden y con esto tuvieron tiempo bastante para reunirse.

El cañonazo que sirvió para extender la alarma sobre el personal del Gobierno y como señal de la operacion de los pronunciados habia salido del edificio llamado de la inquisicion donde estaba acuartelada la brigada de la artillería local que accidentalmente mandaba el capitan D. Lucas Valderas y que puesto á las órdenes de los sediciosos fué el que dió principio á esta azonada: en seguida se apoderaron los sediciosos del cuartel de la acordada por la defeccion del coronel D. Santiago García, privando con

esto al Gobierno de un considerable número de cañones y de abundante material de guerra; y este edificio vino á servir de cuartel general á los enemigos del gobierno, trasladándose allá Valderas con la fuerza que tenia á sus órdenes en la inquisicion, el batallon de Tres-villas, y los dos cuerpos de la milicia local que los sediciosos pudieron poner en su favor por la falta de oportunas medidas en el gobierno.

En los primeros momentos todo era desorden y vacilacion en los dos campos enemigos; pero presentándose en la acordada D. Lorenzo Zavala alentó á los revolucionarios, y dominándolos con la superioridad de su génio les sirvió de centro de union, arregló sus diferencias y fué la cabeza que dirigió todas las operaciones. El general D. José María Lobato en los primeros momentos se presentó á ofrecer sus servicios al gobierno, pero como no se aceptaron porque se desconfió de su lealtad, fué á llevarlos al campo enemigo, donde por su graduacion fué considerado como primer gefe; y habiendo ocasionado esto una desavenencia entre él y el coronel D. Santiago García tuvo que decidirse por la influencia de Zavala quedando García con el mando en la acordada y pasando Lobato á dirigir las operaciones de la ciudadela hasta que se vino á poner al frente del motin el general D. Vicente Guerrero, que con este acto se vino á nivelar con los revolucionarios vulgares, rompiendo así sus títulos de legítimo candidato para la presidencia y preparando con esto mismo los primeros motivos de acusacion en su contra que mas tarde lo condujeron al patíbulo de Cuilapan.

El gobierno por su parte redujo sus primeras operaciones á reunir las tropas que le permanecian fieles, ocupando con ellas el palacio y las alturas de algunos otros edificios; y en una junta de ministros, de varios militares y otros altos funcionarios, se acordó comisionar al general

Rayon y al gobernador suspenso D. José María Tornel para que disuadieran de su intento á los pronunciados, ofreciéndoles recomendar al congreso que se diera mayor latitud á la ley sobre expulsion de españoles. Pero esta medida no vino á servir de mas, que á patentizar á los pronunciados la debilidad del gobierno; y alentados con esta idea desecharon las proposiciones de avenimiento, y desde aquel momento quedó en ambas partes el desengaño de que solo la fuerza de las armas daría la decision en aquella contienda.

X Como el gobierno permaneció en esa fria indiferencia que era natural al estupor de que se hallaba poseído, tanto cuanto se extendia el desaliento en sus partidarios, tanto así crecía el ánimo en sus enemigos que á las ocho de la mañana del dia 2 se resolvieron á tomar la iniciativa, contemplándose bastante fuertes para romper sus fuegos sobre el palacio, extendiéndolos en seguida por las demas partes, renovándose en algunos ratos con esta terrible viveza que tantos estragos causó en el interior de la capital de la república. Al amanecer del dia 3, una columna de las fuerzas pronunciadas avanzó hasta la esquina de la calle del puente de San Francisco de donde fueron rechazados por el coronel Inclán que hizo retroceder á sus contrarios en completo desorden: en este choque sangriento el gobierno perdió al coronel D. Gaspar López y los pronunciados á su gefe D. Santiago García que en su pronta muerte recibió el castigo de la traicion con que dió lugar á que la revolucion levantara en esta vez su fatídica cabeza, causando los funestos estragos que han venido á ser un deforme borron puesto en las páginas de nuestra historia por la sangrienta mano del espectro de la guerra fratricida.

Como la lucha continuara por todo ese dia ensangren-

tando mas y mas un motin que pudo apagarse fácilmente en sus primeros momentos, se levantó una borrasca en el camino por tanto tiempo agitado del ministro de la guerra el Sr. Gómez Pedraza; y flaqueando su firmeza en los momentos mas solemnes y en la situacion mas comprometida de su vida y decisiva de su porvenir, tomó la resolution de abandonar su campo y ceder el triunfo á los enemigos á quienes por tanto tiempo habia combatido con una tenacidad que habria sido heróica si no se hubiera venido á coronar con un acto envuelto en un velo tan tenebroso y difícil de juzgarlo de la manera que corresponde á la grandeza de los acontecimientos que tenían lugar en aquellos momentos.—Los enemigos del Sr. Pedraza han hallado en esta extraña resolution una circunstancia que da pábulo á la zafia con que lo han tratado y sus enemigos tuvieron en esto un triste desengaño de que como ha dicho un escritor contemporáneo: «No siempre se mide el tamaño del corazon por la audacia del pensamiento.»—Y por mas benignamente que se quiera juzgar al Sr. Pedraza es necesario convenir en que al tomar la resolution de salirse de la capital separándose violentamente del teatro de los acontecimientos sin consideracion á las muchas personas que se habian comprometido en la defensa de su causa, como soldado faltó á las leyes del honor y de la disciplina militar; y como hombre público, que encabezaba un partido con la responsabilidad de los futuros destinos de la nacion, pagó un triste tributo á la miseria de que están siempre cubiertas las mentidas grandezas humanas y confirmó la verdad con que Bossuett habia pintado la debilidad de la razon humana cuando está abandonada á sus propias fuerzas, diciendo: «que en el órden puramente humano siempre flaquea la prudencia del hombre mas prudente.»

En la mañana del dia 4 se divulgó en palacio y entre

todas las fuerzas defensoras del gobierno la salida del ministro de la guerra; y como él había sido el jefe principal que sostenía aquella lucha, su separación del teatro de los acontecimientos causó primero el desaliento y en seguida la confusión y el desorden: y á la vez los sublevados se alentaron y celebraron con grande alegría un acontecimiento que les anunciaba su mas pronto y completo triunfo. El presidente dispuso, para desvanecer en sus tropas la desfavorable impresión que había causado la salida del ministro de la guerra, que de nuevo se rompieran los fuegos sobre los contrarios; pero esto solo sirvió para multiplicar el número de víctimas; pues los pronunciados acompañados por innumerable gente del pueblo, no solo resistieron con vigor, sino que pronto se resolvieron á tomar la iniciativa y no tardaron en ocupar varios puntos de los que defendía la fuerza del gobierno.

El presidente Victoria viendo ya perdida toda esperanza de triunfo por su parte y cediendo á las instancias de algunas personas que le rodeaban, convino en tener una entrevista con el general Lobato, en la cual acordaron que el presidente pasaria al frente de la Acordada para conferenciar con Zavala y arreglar algun medio de contener el curso de tantos males. Los escritores contemporáneos á estos hechos han desaprobado esta parte de la conducta del Sr. Victoria, viendo en ella rebajada la dignidad de la primera magistratura de la nación, sometiéndose así de una manera poco decorosa á las exigencias de sus enemigos; y aunque aquel angustiado jefe es disculpable por lo aflictivo de la situación en que se hallaba, los hechos vinieron á demostrar muy pronto lo inútil del sacrificio que hacía, pues mientras él procuraba de esta manera evitar las funestas consecuencias de la revolución, tuvo lugar uno de los mas escandalosos acontecimientos de los muchos que tenemos que lamentar en la historia de nuestras

disenciones políticas, el cual se refiere por el Sr. Tornel de la manera siguiente:

«Mientras el general Victoria atravesaba á caballo las calles de San Francisco, numerosos grupos de insolente plebe forzaban las puertas del Parián sin defensa alguna desde que el general Filisola huyó con unos cuantos dragones en dirección de Puebla. Entonces comenzó el saqueo del edificio ó llámese Bazar, que por mas de un siglo fué el emporio del comercio de Nueva España, y que aun en su estado de decadencia encerraba un valor en numerario y en efectos, que se hace subir á la enorme suma de dos y medio millones de pesos. Un depósito tan antiguo de monopolio que ejercieron los españoles, era visto con ojeriza, y la circunstancia de haber servido de cuartel general á los conspiradores que depusieron á un virey amado de los mexicanos, mantenía una tradición odiosa á los ojos del vulgo. El empeño en azuzar al pueblo contra los españoles-europeos, había producido sus efectos, y como eran ellos los propietarios del mayor número de cajones del Parián, fácil fué á los instigadores marcarlo como botín de la inmoral guerra de que era presa la infeliz ciudad.»

«Apenas había regresado el presidente á palacio, Zavala en cumplimiento de su oferta, mandó una pieza y alguna tropa para contener los vergonzosos excesos del Parián; pero nada se consiguió, si es que algo se procuró, pues que en el resto del aciago día y en toda la noche, se robó sin intermision alguna y se cometieron crímenes de much tamaño, incluyéndose entre ellos asesinatos á sangre fría; y para disputar valiosos artículos, que pasaban de las manos de unos ladrones á las de otros. La devastación del Parián se asemejaba á la que causa un voráz incendio: todas las puertas fueron desquiciadas y ro-

tas: algunos techos ardieron, y no quedó ileso ni un mostrador ni una sola tienda. Quien conozca la buena índole de la plebe mexicana, se cubrirá el rostro de asombro al observar que se precipitó para mengua de la nación á sus acostumbrados desmanes, y que sobrepasó en furor á cuanto se dice que ha pasado en otros pueblos en lances semejantes. Lección es esta muy terrible para las facciones que todo lo posponen al logro de momentáneas miras y que tarde ó temprano se arrepienten de su obra de perdición. Los yorkinos se lisonjeaban de un triunfo que era su derrota, de haberse sobrepuesto á sus enemigos en una guerra cuyo término sirvió eficazmente para disipar las ilusiones. Los hombres honrados de aquel partido, lamentaron y condenaron sus aberraciones, pero porque previeron la falsa posición en que se iba á colocar el general Guerrero merecedor de distinta suerte.»

El Sr. Suarez Navarro en su historia de México describe estos acontecimientos de una manera no menos triste y terrible. «Los gefes de la Ciudadela, dice este escritor, mandaron al lugar del desorden alguna tropa para contenerlo: nada hicieron, porque mayor era el número de los interesados en consumir el crimen. Almacenes y tiendas fueron abiertos sin excepcion de una: todo género de mercancías desapareció instantáneamente, y el populacho, arrastrado por sus instintos de ferocidad, se disputó no solo los intereses y las mercancías, sino los actos mas inhumanos y salvajes. La sublevación de la capital triunfó desde la mañana del día 4; el saqueo vino pocas horas despues para manchar perfectamente á los que no quisieron evitar aquel escandaloso desenlace. La causa de la libertad y de los principios comenzó á desacreditarse, porque sus defensores poco ó nada hicieron para contener esa escena vergonzosa. Zavala y el general Lobato pudieron impedir esta catástrofe; su indolencia

ocasionó la ruina de muchas familias; y su apatía echó un borron indeleble en nuestros anales.»

Este escandaloso acontecimiento fué acompañado de otros excesos no menos lamentables á que se entregaron los vencedores, siendo algunos de los mas notables los que refiere el Sr. Tornel en su Reseña histórica.

«Cuando los pronunciados se dirijieron á palacio, el teniente coronel D. Vicente Gonzalez, aprovechándose de la confusión salió de la ciudad; mas habiendo sido prontamente reconocido, se le aprehendió y llevó á la terrible presencia de Zavala. Este se excusa con los gritos de muerte que partian de boca de todos sus oficiales, para decretarla.—Gonzalez fué conducido al costado del Pcniente de la acordada, y allí fué fusilado. Esta mancha indeleble de sangre se notaba aún en el paño mortuario que cubrió en Texas el cadáver y la traición de D. Lorenzo Zavala.»

«Fué no menos cruel el trato que dió en aquella misma noche al Sr. magistrado D. Juan de Raz y Guzman, venerable por su empleo y por sus patrióticas virtudes. Habiéndose introducido en su casa, acompañado de algunos de esos amigos que no dudan lisonjear hasta las pasiones mas brutales, le disparó un tiro de pistola, que hirió en la mano al que no habia torcido la vara de la justicia. Buscó tambien al Sr. senador Vargas, quien por la casualidad de hallarse ausente, se libertó de otra semejante venganza. Pareció que Zavala desvanecido por la embriaguez del triunfo, y dolorido por el comportamiento inícuo que sufrió, olvidó para detrimento de su fama, que la clemencia sirve para ennoblecer mas á la victoria.»

Durante estos escándalos, Gómez Pedraza que habia visto perdida su causa, abandonó el poder ocultándose de pronto en la capital para seguir su fuga hasta Guada-